



El conflicto sirio y la distribución de hidrocarburos en Oriente Medio

Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño ¹

Recibido: 12-12-2017 / Aceptado: 19-10-2018

Resumen. Siria se ha convertido en un claro ejemplo de Estado fallido. Las movilizaciones antiautoritarias de 2011 no propiciaron la caída de Bashar al-Asad ni la instauración de un régimen democrático, sino el estallido de un largo y costoso conflicto. Desde entonces, la situación sobre el terreno se ha deteriorado de manera notable, no solo como resultado del choque entre el régimen y los diferentes grupos opositores, sino también por la intervención de actores regionales e internacionales. Hoy en día, Siria es escenario de una guerra por delegación en la que toman parte EE. UU., Rusia, Irán, Arabia Saudí, Turquía y Catar. La injerencia de estos países ha favorecido la irrupción de numerosas milicias armadas con una clara agenda sectaria. El pulso entre Irán y Arabia Saudí por la hegemonía regional se ha contagiado al conflicto sirio, convertido en un escenario más de la nueva guerra fría que libran dichas potencias. La guerra siria no puede entenderse tampoco sin hacer referencia al control y la distribución de los hidrocarburos en Oriente Medio y sin aludir a los proyectos regionales planteados en la última década para transportar el petróleo y el gas del golfo Pérsico a Europa. Hoy en día, su puesta en práctica está condicionada a la interrupción del conflicto sirio y a la mejora de la seguridad en la región.

Palabras clave: Oriente Medio; Siria; guerra; sectarismo; petróleo; gas.

[en] The Syrian conflict and the distribution of hydrocarbons in the Middle East

Abstract. Syria has become a clear example of a failed state. The anti-authoritarian mobilizations of 2011 did not lead to the fall of Bashar al-Assad or the establishment of a democratic regime, but on the contrary the outbreak of a long and painful conflict. Since then, the situation on the ground has significantly worsened, not only as a result of the clash between the regime and the different opposition groups, but also by the intervention of regional and international actors. Nowadays, Syria is the scenario of a war by proxy among the United States, Russia, Iran, Saudi Arabia, Turkey and Qatar. The interference of these countries has caused the irruption of numerous militias with a clear sectarian agenda. The rivalry between Iran and Saudi Arabia for the regional hegemony has spreaded to the Syrian conflict, that has become a new scenario of the cold war between these regional powers. The Syrian war can not be understood without addressing the distribution of hydrocarbons in the Middle East and without referring to the regional projects to transport oil and gas from the Persian Gulf to Europe. Nowadays, the implementation of these projects is conditioned by the end of the Syrian conflict and the improvement of the security situation in the region.

Keywords: Middle East; Syria; war; sectarianism; oil; gas.

¹ Universidad de Alicante (España).
E-mail: ialvarez@ua.es

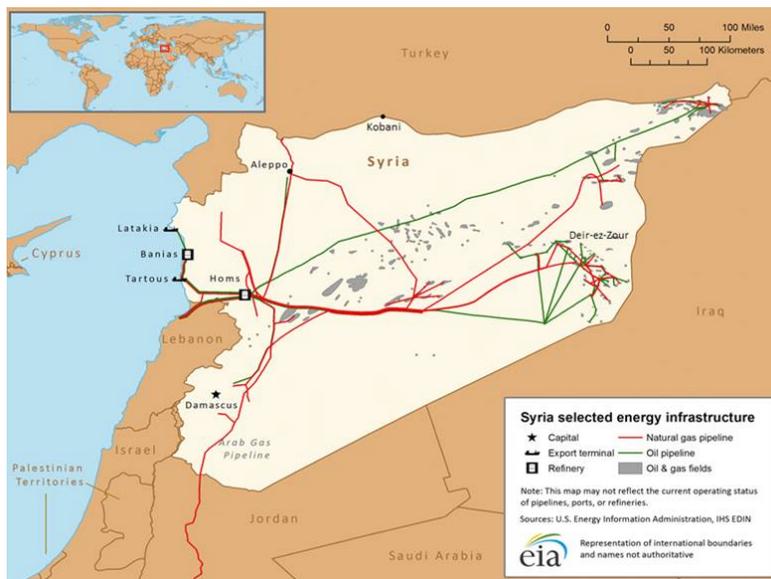
Cómo citar: Álvarez-Ossorio Alvariño, I. (2018): “El conflicto sirio y la distribución de hidrocarburos en Oriente Medio”, *Política y Sociedad*, 55(3), pp. 711-731.

Sumario. 1. Unos recursos limitados, pero una posición geoestratégica. 2. El factor energético en el conflicto sirio. 3. Conclusiones. 4. Bibliografía.

1. Unos recursos limitados, pero una posición geoestratégica

Aunque Siria no dispone de grandes reservas de petróleo, su territorio siempre ha sido codiciado al representar un puente de comunicación entre el golfo Pérsico y el mar Mediterráneo que facilitaría el envío de hidrocarburos al mercado europeo (Sayigh, 2014). No en vano, el primer golpe de Estado registrado en Siria tras la consecución de la independencia, perpetrado en 1949 por Husni al-Zaim contra el presidente Shukri al-Quwatli con ayuda de la CIA, guardó una estrecha relación con la necesidad de poner en marcha el oleoducto Trans-Arabian Pipeline (Tapline), que exportaba petróleo saudí a Europa por el puerto libanés de Sidón tras atravesar los territorios jordano y sirio.

Mapa 1. Yacimientos de petróleo y gas en Siria



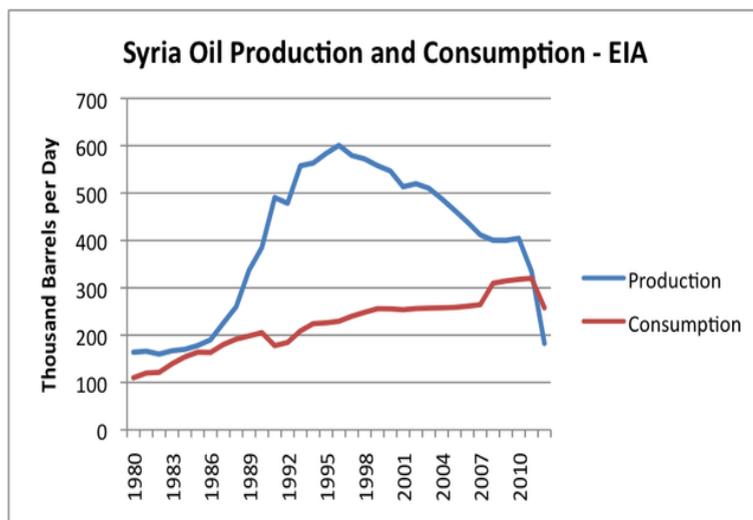
Fuente: U.S. Energy Information Administration (2015).

Las primeras prospecciones en Siria se realizaron a mediados de la década de los cincuenta del siglo XX y las extracciones a gran escala se iniciaron a finales de los setenta, sobre todo en los pozos de Karatchok y Rumeilan, en el nordeste de la provincia de al-Hasake, zona de mayoría kurda. La compañía estatal Syrian Petroleum Company (SPC) fue establecida en 1974 y se encargó de la explotación de estos yacimientos. Tras el descubrimiento de nuevos pozos en la zona de Deir

Ez Zohr, en la cuenca del Éufrates, se estableció en 1985 el consorcio Al Furat Petroleum Company (AFPC), en el que participaban la estatal SPC (con un 50%), la anglo-holandesa Syria Shell Petroleum Development, Chinese National Petroleum Company e India's Oil and Natural Gas Corporation. En las décadas siguientes empezaron a operar Deir Ez Zor Petroleum Company, una compañía creada en 1988 e integrada por SPC y la francesa Total, y Dijla Petroleum Company, en la que participaban, además de SPC, la británica Gulfsands Petroleum, la china Sinochem y la rusa Soyuzneftegaz. Otras compañías que operan en el país son Alkawab Oil Company, Hayan Petroleum Company y Oudeh Petroleum Company.

A pesar de disponer de las reservas más importantes de petróleo en la zona levantina, la producción siria apenas es capaz de satisfacer la demanda interna. En su época de mayor esplendor a mediados de la década de los noventa, la industria extraía una media de 600.000 barriles diarios que eran procesados en las refinerías de Baniyas y Homs y cuyos ingresos proporcionaban, según el Fondo Monetario Internacional, 3.200 millones de dólares: el 25% del PNB (IMF, 2010: 17). En lo que respecta al gas, la Syrian Gas Company (SGC) fue responsable de la extracción de 30 millones de metros cúbicos diarios en 2010. Los yacimientos más relevantes se encuentran en la zona de la Yazira, bañada por el Éufrates y el Tigris, y en los alrededores de Palmira, donde están los pozos de Arak, Dubayat, Hail, Hayan, Jihar, al-Mahr, Najib, Sukhneh y Abi Rabah, que producen 9 millones de metros cúbicos diarios. Asimismo, Palmira es un punto de tránsito obligado para los oleoductos que vienen del Hasakeh y Deir ez Zohr en su camino hacia las refinerías de Homs.

Gráfico 1. Producción de petróleo de Siria entre 1980 y 2014



Fuente: US Energy Information Administration (2015).

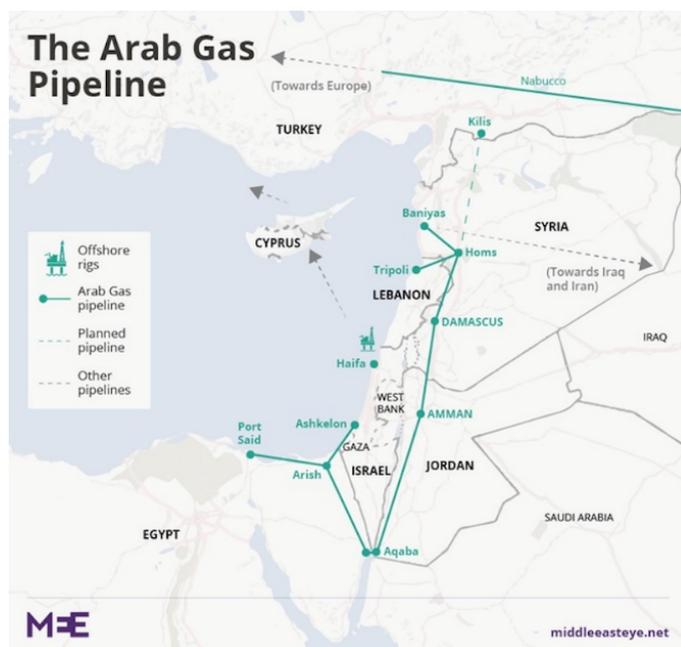
En 2010, unos meses antes del inicio de la Primavera Árabe, la producción de petróleo se había reducido en un tercio hasta estabilizarse en torno a los 385.000 barriles de crudo por día, de los cuales se exportaban 150.000 barriles. Los principales compradores de dicho petróleo eran sobre todo países europeos como Alemania (32%), Italia (31%), Francia (11%), Holanda (9%), Austria (7%) o España (5%), lo que en 2010 reportó a las arcas sirias 4.100 millones de dólares.

Siria tenía, además, un valor añadido: su privilegiada posición como un punto neurálgico para la exportación de los recursos de Oriente Medio. El primer oleoducto que atravesó su territorio fue, como ya hemos mencionado, el Trans-Arabian Pipeline desde la localidad saudí de Qaisuma hasta el puerto libanés de Sidón atravesando los territorios jordano y sirio: en total 1.214 kilómetros de tuberías que podían transportar un máximo de 500.000 barriles diarios. Este canal empezó a construirse en 1947 y se mantuvo activo desde 1950 hasta 1976, cuando dejó de bombear petróleo a Siria y Líbano tras el estallido de la guerra civil libanesa. El flujo de petróleo a Jordania se detuvo definitivamente en 1990, como castigo al apoyo del rey Husein a Irak tras la invasión de Kuwait.

También Egipto exporta sus excedentes de gas a los países de la región a través del Arab Gas Pipeline. Este gasoducto cubre una distancia de 750 kilómetros y tuvo un coste de 1.200 millones de dólares. La parte siria del gasoducto fue completada en 2008 por la estatal SPC y la rusa Stroytransgaz, al trasladar el gas desde la frontera jordana hasta Homs. Desde Homs partían dos nuevas secciones que comenzaron a operar en 2009: una a la ciudad costera de Banias y otra a la localidad libanesa de Trípoli. También estaba prevista la construcción del tramo Homs-Kilis hasta la frontera turca con la idea de que, una vez en territorio turco, el Arab Gas Pipeline se uniera al gasoducto Nabucco, que pretendía transportar el gas desde Azerbaiyán a territorio europeo a través de Turquía, en lo que parecía ser un intento de reducir la dependencia europea y turca del gas ruso.

La llegada del Arab Gas Pipeline a Siria no era más que el primer paso de un proyecto mucho más ambicioso denominado la Estrategia de los Cuatro Mares encaminada a convertir a Siria en un punto neurálgico del transporte de hidrocarburos entre los mares Mediterráneo, Negro, Caspio y el golfo Pérsico (Nakbi, 2009). Durante una visita oficial a Turquía realizada en 2004 y ante el presidente Abdullah Güll, Bashar al-Asad planteó sus objetivos: “Una vez integrado el espacio económico entre Siria, Turquía, Irak e Irán, enlazaremos el Mediterráneo, el Caspio, el Negro con el golfo Pérsico para convertirnos en la intersección obligatoria para el mundo entero en inversión y transportes”. Webster Brooks, investigador del Center for New Politics and Policy in Washington, interpretaba que “en el centro de la estrategia de Asad estaba la relación económica de Siria con Turquía y la conexión de las infraestructuras petrolífera y gasística sirias con las redes de oleoductos y gasoductos en expansión de la región” (United Press, 2011). De hecho, en los años siguientes se firmarían varios acuerdos económicos entre ambos países. En 2007 entró en vigor un acuerdo de libre comercio. Tres años más tarde, los intercambios comerciales superaban los 2.500 millones de dólares y se habían puesto en marcha numerosos proyectos de cooperación en los ámbitos energético, tecnológico, científico, turístico y agrícola.

Mapa 2. Trayecto del Arab Gas Pipeline

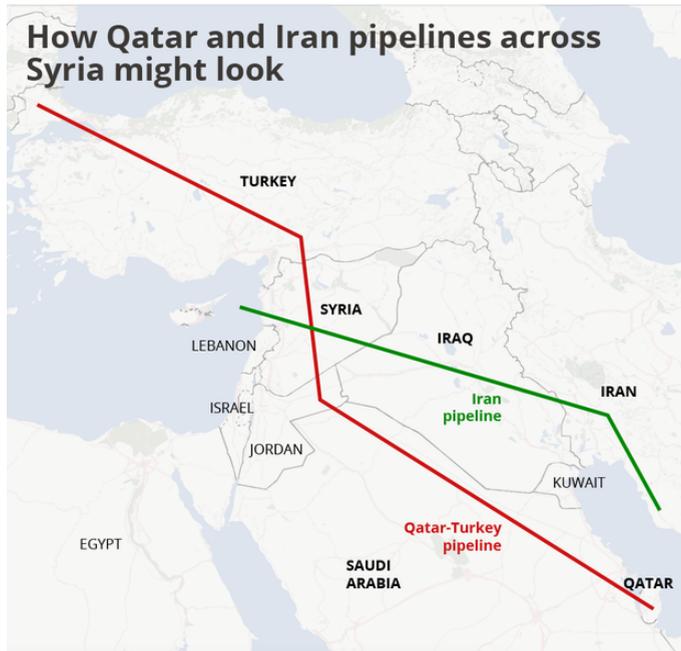


Fuente: Cochrane (2017).

A partir de 2004, la Estrategia de los Cuatro Mares se convertiría en uno de los principales pilares de la política exterior siria (Stern, 2009). El primer paso de esta estrategia sería conectar el Arab Gas Pipeline hasta la ciudad turca de Kilis para facilitar su conexión con Nabucco, lo que permitiría “vincular la red nacional de oleoductos y gasoductos con el oleoducto Nabucco, que llevaría petróleo desde el mar Caspio hasta Turquía y Europa” (United Press, 2011). Debe tenerse en cuenta que el objetivo del gasoducto Nabucco era precisamente reducir la dependencia energética europea de Rusia, ya que la compañía estatal Gazprom provee un tercio del gas que se consume en Europa. De ahí que en varias ocasiones la UE haya mostrado su interés en la construcción de gasoductos tanto en Asia Central como en Oriente Medio (Orenstein y Romer, 2015).

Además de Nabucco, la UE también secundó un proyecto de gasoducto entre Catar y Turquía que obligatoriamente debería atravesar los territorios de Arabia Saudí, Jordania y Siria. Debe tenerse en cuenta que Catar e Irán comparten la tercera bolsa de gas mundial: el yacimiento North Field explotado por el primero y el South Pars por el segundo. Este proyecto fue rechazado por Bashar al-Asad en 2009, debido a que el principal damnificado sería precisamente Rusia, su más significado aliado en la escena internacional. Como ha señalado Ruba Husari, “el objetivo de Moscú es asegurarse de que cualquier proyecto de exportación desde el este del Mediterráneo no rivalizará con sus propios planes de exportación de gas a través del gasoducto Trans-Black Sea Blue Stream y del proyectado South Stream a Europa” (Husari, 2013).

Mapa 3. Proyectos de gasoductos Catar-Turquía e Irán-Irak-Siria



Source: Artist's impression of how any pipelines supported by Iran and Qatar might cross Syria

M&E

middleeasteye.net

Fuente: Cochrane (2017).

Dentro de esta estrategia, Bashar al-Asad también mostró su interés en reabrir el oleoducto Kirkuk-Banias, inaugurado en 1952 y que cubría una distancia de 800 kilómetros con capacidad para transportar 300.000 barriles de petróleo diarios. El flujo de petróleo iraquí quedó interrumpido tras el estallido de la guerra irano-iraquí en la que Hafez al-Asad se alió con Irán. El 17 de diciembre de 2007, Siria e Irak alcanzaron un acuerdo para rehabilitarlo ampliando su capacidad a 1.400.000 barriles diarios, y la compañía rusa Stroytransgaz ganó el concurso para desarrollar las obras, pero la inestabilidad sobre el terreno lo ha impedido hasta el momento.

2. El factor energético en el conflicto sirio

El inicio de la revolución siria y el posterior estallido de la guerra civil congelaron estos ambiciosos proyectos y, lo que es peor, dañó de manera significativa la producción de hidrocarburos del régimen, que aportaba una quinta parte del PNB. Según datos gubernamentales, en el primer año de conflicto la extracción de petróleo se había desmoronado en un 90%, pasando de 385.000 barriles diarios en 2010 a tan solo 39.000 en 2011, mientras que la producción de gas había caído casi

a la mitad: pasó de 30 a tan solo 16,7 millones de metros cúbicos al día (*Le Monde*, 25 de diciembre de 2013).

En mayo de 2011, la UE decidió aprobar una serie de sanciones contra el régimen sirio que tuvieron especial incidencia en el sector energético. Además de inmovilizar los activos de dos centenares de personas ligadas al régimen, la UE prohibió la venta de armamento, congeló las transacciones con el Banco Central y restringió la exportación de equipamiento y tecnología susceptible de ser empleada para la represión o para controlar o interceptar las comunicaciones telefónicas y por Internet. También se impuso un embargo de petróleo que provocó que las compañías europeas con presencia en el país, entre las que se encontraban Shell, Total o Gulfsands, interrumpieran de manera inmediata sus operaciones sobre el terreno.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que los yacimientos de petróleo y gas están situados en Hasake, Deir ez Zohr y Raqqa, y que quedaron fuera del control del régimen y pasaron a ser dominados por las Unidades de Defensa Popular kurdas (YPG) o el Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS). Estos llegaron a extraer, respectivamente, 40.000 y 35.000 barriles diarios de manera artesanal en las épocas de bonanza. El ISIS también se hizo con el control de Palmira, que era “el paso obligado entre las zonas de extracción o distribución de prácticamente toda la producción de gas de Siria y las plantas de procesamiento y de energía del oeste, que suministran electricidad y gas para uso doméstico e industrial a las zonas más densamente pobladas” (Sayigh, 2015). En 2015, un año después de la proclamación del califato, el ISIS disponía de un presupuesto anual estimado en 2.435 millones de dólares, un 40% proveniente de la explotación de los pozos petrolíferos y gasísticos en los territorios sirio e iraquí, a lo que habría que sumar otro 10% proveniente de la extracción de fosfatos (CAT, 2016: 9).

La interrupción de la producción y la pérdida de territorio obligaron al régimen sirio a importar petróleo y gas para cubrir sus necesidades. En este sentido la ayuda proporcionada por Irán, su principal aliado regional, resultó providencial, ya que no solo le proveyó de respaldo militar, sino también económico. En mayo de 2013 Teherán abrió una línea de crédito de 3.500 millones de dólares a Damasco para financiar la compra de petróleo y gas.

En realidad, esta cooperación irano-siria no era nueva. En 2010 Irán firmó un acuerdo con Siria e Irak para establecer un gasoducto, valorado en 10.000 millones de dólares y con un recorrido de 1.500 kilómetros, para exportar gas a ambos países, pero también para llevarlo hasta el mar Mediterráneo, a la espera de que un eventual levantamiento de las sanciones por su programa nuclear permitiera exportarlo a la UE. Unos meses antes del estallido de la revuelta, Bashar al-Asad se reunió con el vicepresidente iraní Mohammad Reza Rahimi para firmar un acuerdo con el fin de estrechar las relaciones en diversos campos como el comercio, las inversiones, la planificación, la industria, el transporte, las comunicaciones, la tecnología, la salud, la agricultura y el turismo (Rafizadeh, 2013). El 13 de diciembre de 2011, ambos países concluyeron un acuerdo de libre comercio y se cifraron como objetivo alcanzar la cifra de 5.000 millones de dólares de intercambios anuales.

El proyecto de construcción de gasoducto entre Irán y Siria planteado en 2010 parecía ser una respuesta a la propuesta del gasoducto entre Catar y Turquía. No

debe pasarse por alto que dicho proyecto tendría un gran perjudicado: la compañía estatal rusa Gazprom, el principal proveedor de gas a Europa. Como ha advertido Ruba Husari, “la competencia por los suministros y los mercados —y por el control de las rutas de tránsito para los recursos energéticos— es elevada, y la delimitación del futuro mapa energético dependerá de quiénes sean los ganadores y perdedores regionales e internacionales” en la guerra siria (Husari, 2013).

2.1.El frente pro-Asad y sus intereses energéticos

La ayuda de Rusia e Irán ha sido vital para que Bashar al-Asad conserve el poder. Sin el respaldo diplomático, económico y militar de estos dos países, el régimen sirio probablemente se hubiera desmoronado en los primeros años de la contienda. No obstante, Damasco, Moscú y Teherán no siempre persiguen los mismos objetivos: “Para al-Asad se trata de supervivencia, para Irán de evitar que sus rivales regionales se hagan con el control de Siria, y para Moscú prima su proyección como actor global” (Soler, 2017: 148). Como veremos a continuación, la intervención ruso-iraní en defensa del régimen sirio no solo se explica por razones de índole geopolítica, sino que está directamente relacionada con sus intereses energéticos.

2.1.1. Rusia

Los vínculos entre Moscú y Damasco no son nuevos, ya que ambos países mantuvieron una estrecha alianza en el transcurso de la Guerra Fría que se coronó con la firma del Tratado de Amistad y Cooperación Militar en 1980. Tras varias décadas de alejamiento, el estallido de la guerra siria creó las condiciones necesarias para el retorno de Rusia a una zona de importancia geoestratégica como Oriente Medio, en la que la URSS había tenido una destacada presencia en el pasado. Como señala Nicolás de Pedro, la intervención rusa está destinada a “restaurar un supuesto *equilibrio*, previamente violado por Occidente con sus sucesivas injerencias en el espacio euroasiático” y está guiada por “la convicción del Kremlin de su derecho *natural* y necesidad vital de disponer de un *área de influencia* (léase control) en el antiguo espacio soviético” (De Pedro, 2017: 38-39).

Desde el inicio de la guerra, Rusia ofreció una ayuda determinante para evitar que el régimen sirio se desmoronase. Al apoyo diplomático y económico previo se sumó la intervención militar a partir del 30 de septiembre de 2015, cuando la aviación rusa comenzó a bombardear las posiciones rebeldes. Al intervenir en favor del régimen, Rusia lanzaba el mensaje de que podría “otorgar protección efectiva a sus aliados” en el caso de cualquier eventual amenaza (Bruno, 2016). Además de garantizar el control de la base naval de Tartus, la única de la que dispone la flota rusa en el mar Mediterráneo, Rusia pretendía evitar la imposición de un Gobierno proccidental en Damasco, fortalecer la relación de patrón-cliente con al-Asad, desviar la atención de la guerra de Ucrania y proyectar la idea de que combatía al fundamentalismo islámico luchando contra el ISIS (Nixey y Wickett, 2015).

Debe tenerse en cuenta que, según un informe de The Soufan Group, en las filas del ISIS combatían 4.700 yihadistas de las antiguas repúblicas soviéticas que representarían una amenaza potencial para Rusia. De hecho, los ataques aéreos

rusos acabaron con la vida de numerosos responsables yihadistas, no solo del ISIS sino también de otras formaciones, como el Frente al-Nusra y Ahrar al-Sham, que también intentaban establecer un Estado teocrático regido por la *sharia* siguiendo el modelo wahhabí promocionado por Arabia Saudí. La coalición establecida entre estas dos formaciones permitió la captura de la provincia de Idlib, desde la cual amenazó con avanzar a la costa mediterránea, lo que ponía en peligro no solo los feudos del régimen, sino también la base naval rusa y los yacimientos gasísticos descubiertos en las aguas territoriales sirias que pretende explotar Soyuzneftegaz una vez finalizase la guerra.

Los intereses energéticos rusos en Siria no son nuevos, sino que se remontan décadas atrás. La compañía rusa Soyuzneftegaz explota varios pozos petrolíferos en el país, entre ellos los Bloques 12 y 14 en la zona fronteriza con Irak, así como parte del Bloque 26 en el Hasake. Al mismo tiempo, Stroytransgaz ha tenido un papel significativo en la construcción de plantas de procesamiento, oleoductos y gasoductos por un montante de 12.000 millones de dólares desde la llegada de Bashar al-Asad al poder (Butter, 2015).

Rusia ha aprovechado la coyuntura actual para estrechar sus relaciones con Siria. De hecho, el contrato más relevante ha sido firmado en plena guerra, cuando el régimen se encontraba en una situación de extrema debilidad ante el avance de los grupos rebeldes y requería, más que nunca, apoyos externos. El 25 de diciembre de 2013 Soyuzneftegaz y el Ministerio del Petróleo sirio firmaron un acuerdo por una modesta cantidad (100 millones de dólares) para que la compañía rusa explotase durante un periodo de 25 años las reservas petroleras y gasísticas de la costa mediterránea (que abarcan una extensión de 2.190 kilómetros cuadrados), que según diferentes sondeos podrían albergar una de las mayores bolsas de gas del mundo (Delanoë, 2014). Como ha señalado Ruba Husari, “al intentar garantizar su participación en la división de las zonas de influencia e intereses con otras potencias, Rusia quiere tener voz en la emergente explotación del gas del Mediterráneo Oriental, que involucra a Chipre, Israel, Líbano y Turquía” (Husari, 2013).

Por otra parte, la intervención rusa también guarda una estrecha relación con la necesidad de torpedear la construcción de un gasoducto entre Catar y Turquía que, obligatoriamente, debería atravesar el territorio sirio, además del saudí y jordano. La propuesta catari fue rechazada en 2009 por el presidente al-Asad con “el propósito de proteger los intereses de Rusia, aliado sirio, y preservar su posición dominante en Europa” (Butter, 2015). Debe tenerse en cuenta que Turquía, que importa más de la mitad del gas que consume de Rusia, también hubiera resultado beneficiado de la construcción de dicho gasoducto, al aumentar sus vías de provisionamiento y, así, reducir su dependencia energética.

Por otra parte, la tutela rusa sobre el régimen de al-Asad también le permitiría tener voz en el proyectado gasoducto entre Irán, Irak y Siria anunciado en 2010. El progresivo deshielo de las relaciones entre la UE y Teherán, interrumpido tras la llegada de Trump a la Casa Blanca, es contemplado con cautela por parte de Moscú, ya que podría reducir la influencia rusa en Oriente Medio en el medio plazo (Bruno, 2016). En este sentido debe tenerse en cuenta que Irán también es un potencial rival para la industria gasística rusa. Por ello cabe concluir que “ambos gasoductos serían un desastre para el Kremlin, ya que Rusia tiene un interés vital

en controlar las vías de provisión de gas a Europa, donde Gazprom vende el 80% de su gas” (Orenstein y Romer, 2015).

Por último, cabe señalar que la intervención rusa en Siria también le ha permitido abrir nuevos mercados para su industria armamentística. En este sentido, hay que recordar que, según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Rusia fue el segundo exportador mundial de armamento durante el periodo 2000-2015, con una cuota de mercado del 23% y con una industria que cada año genera 12.000 millones de dólares y emplea a tres millones de personas. Aunque las ventas a las petromonarquías del golfo Pérsico siguen siendo reducidas, en los últimos meses ha conseguido vender 24 cazas MiG-35 a Egipto y el sistema de defensa antiaéreo S-400 a Turquía y Arabia Saudí, países tradicionalmente situados en la órbita de EE. UU.

2.1.2. Irán

Al igual que Rusia, Irán ha apostado todas sus cartas a favor de al-Asad, a quien considera su principal aliado estratégico y cuya supervivencia se ha convertido prácticamente en un asunto de seguridad nacional. Siria representa, por lo tanto, una primera línea de defensa a la que, además, le une un pacto de defensa mutua firmado el 16 de junio de 2006.

Con su activa implicación en la guerra siria, Irán pretende preservar su esfera de influencia en Oriente Medio: un arco chií que va desde Teherán hasta Beirut pasando por Bagdad y Damasco. Estas son las razones por las que Irán ha prestado un activo respaldo político, económico y militar al régimen sirio, no dudando en movilizar también a los combatientes de Hezbollah, que operan sobre todo en las áreas colindantes a la Beqaa, y a otras milicias chiíes regionales. En total se estima que las fuerzas iraníes, libanesas, iraquíes, afganas y paquistaníes que combaten en Siria sumarían unos 65.000 efectivos (Smyth, 2015).

Tras el inicio de la revolución siria, Irán intensificó su colaboración con el régimen de al-Asad al interpretar que no solo estaba en juego la supervivencia de su aliado, sino también el futuro del Eje de la Resistencia frente a Israel. En opinión de la politóloga francesa Fatiha Dazi-Héni, “para Teherán, Siria es un frente importante en su conflicto geoestratégico con EE. UU., es una guerra fría con Arabia Saudí y es una guerra contra los salafíes y los grupos asociados a al-Qaeda, cuyo odio por los chiíes es bien conocido. Teherán percibe el colapso del régimen de al-Asad como un movimiento adverso que podría terminar con Hezbollah y la República Islámica” (Dazi-Héni, 2013: 24).

Consciente de todo lo que se jugaba, Irán prestó un imprescindible respaldo político, económico y militar a al-Asad, vital para mantenerle en el poder en un clima de creciente contestación interna. Pero los intereses de Irán no son solo geoestratégicos, sino también energéticos. En contraprestación por la ayuda ofrecida desde 2011, Irán pretende obtener un trato de favor en la explotación de los recursos del país y en el proceso de reconstrucción una vez finalice la guerra. El 17 de enero de 2017 el primer ministro sirio Emad Khamis firmó en Teherán cinco convenios, entre ellos un contrato para que compañías iraníes explotasen la mina de fosfatos de al-Sharqiya situada a 50 kilómetros al sudoeste de Palmira durante un periodo de 99 años, y una nueva línea de telefonía móvil a una compañía ligada

a la Guardia Revolucionaria iraní (Reuters, 19 de enero de 2017). Al mismo tiempo, Siria se ha comprometido a ceder a Irán 5.000 hectáreas de su territorio con fines agrícolas y otras 1.000 hectáreas para construir terminales de petróleo y gas, lo que es visto con recelo por Israel, que en numerosas ocasiones ha atacado a objetivos militares iraníes en Siria.

No obstante, la gran apuesta iraní consiste en aprovechar la nueva coyuntura regional para construir un gasoducto de 1.500 kilómetros entre Irán y Siria que atraviese el territorio iraquí, otro de los satélites de Teherán. Este gasoducto, con capacidad para transportar 110 millones de metros cúbicos de gas diarios, permitiría abaratar significativamente los costes de comercialización del gas iraní al circunvalar la península arábiga y sortear los estrechos de Ormuz y Bab al-Mandeb, así como el canal de Suez.

Este proyecto no solo permitiría exportar el gas iraní a Irak y Siria, sino también a Europa. Como señala Ruba Husari, en el corto plazo, “Teherán persigue establecer una red de gasoductos que alimente de gas iraní a Irak, donde durante los próximos años se mantendrá la escasez de gas, y también a Siria, donde el gas iraní reemplazaría las importaciones de gas egipcio”; en el largo plazo, “Irán tiene como objetivo abrir mercados más allá de la región, y el Mediterráneo (a través de Irak y Siria) ofrece a Teherán —al menos teóricamente— acceso a Europa, en el caso de que se levanten las sanciones, e Irán dispone de recursos y de ayuda técnica externa para desarrollar sus yacimientos de gas” (Husari, 2013). En julio de 2012, Irán, Siria e Irak firmaron un memorando de entendimiento para construir dicho gasoducto, pero su realización está condicionada al final de la guerra y, más importante aún, al mantenimiento del régimen sirio.

Además, debe tenerse en cuenta que la industria energética iraní funciona a medio gas debido a las sanciones internacionales, y tendría enormes dificultades para acometer un proyecto de esta envergadura en solitario. De hecho, Irán apenas tiene cubiertas sus propias necesidades gasísticas, por lo que se ve obligado a importar parte del gas que consume de Azerbaiyán (Cochrane, 2017). Otro obstáculo a superar es la financiación, ya que su construcción requeriría una inversión de 10.000 millones de dólares, cantidad difícilmente asumible para Teherán tras el restablecimiento de sanciones por parte de la Administración de Trump.

No son los únicos escollos que tendrá que sobrepasar, ya que dicho proyecto cuenta con la oposición frontal de EE. UU., Arabia Saudí y, sobre todo, Israel, que teme que Irán se asiente en su vecindario. Tampoco está claro que Rusia dé luz verde a su construcción, ya que podría perjudicar a Gazprom, que tiene como principales clientes a la UE y Turquía. Un problema añadido es la salida de EE. UU. del acuerdo nuclear entre el G5+1 e Irán, y la cada vez más evidente beligerancia de la Administración de Trump hacia el régimen islámico iraní, que ha amenazado con adoptar represalias a las compañías europeas que inviertan en Irán.

2.2.El frente anti-Asad y la distribución de los recursos

En el bando opositor a Bashar al-Asad nos encontramos una heterogénea coalición internacional que, desde el estallido del conflicto, ha mantenido fuertes disputas entre sí. Mientras la máxima prioridad de EE. UU. ha sido la de derrotar al ISIS y

garantizar la integridad territorial siria, algunos de los actores regionales (entre los que se incluyen Arabia Saudí, Turquía y Catar) han apostado claramente por el derrocamiento del régimen y la instauración de un Gobierno islamista, aunque Turquía haya modulado su discurso tras la intervención rusa en el país. En lo que respecta a los recursos energéticos, todos coinciden en su oposición al gasoducto Irán-Irak-Siria, pero no todos secundan el gasoducto Catar-Turquía.

2.2.1. EE. UU.

La hostilidad de EE. UU. hacia el régimen sirio se remonta a la Guerra Fría. Tras el establecimiento de la República Árabe Unida entre Siria y Egipto en 1958, EE. UU. planteó la Doctrina Eisenhower, que pretendía evitar que los Gobiernos situados en su órbita sucumbiesen ante el imparable avance del nacionalismo árabe. La conquista del poder por parte del Partido Árabe Socialista Baaz en 1963 fue seguida por la intensificación de relaciones con la URSS, con la que Siria concluyó un Tratado de Amistad y Cooperación Militar en 1980.

A pesar de que la relación entre Washington y Damasco siempre fue áspera, el desmoronamiento del bloque soviético y el proceso de paz árabe-israelí en la década de los noventa favorecieron un acercamiento que se interrumpió bruscamente con la llegada a la presidencia de George W. Bush. Tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, la Ley de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa de 2003 acusó a al-Asad de disponer de armas de destrucción masiva, apoyar el terrorismo internacional y representar una amenaza para la estabilidad regional, a la vez que impuso diversas sanciones, entre ellas la prohibición de exportar productos americanos (excepto alimentos y medicinas), así como invertir u operar en dicho país.

Tras la Primavera Árabe, el presidente Barack Obama se alineó claramente contra al-Asad dando respaldo militar a los grupos opositores. No obstante, Obama rechazó en todo momento desplegar tropas para combatir sobre el terreno ante la posibilidad de que se volvieran a repetir los fiascos de Afganistán e Irak, donde la ocupación norteamericana convirtió a dichos países en Estados fallidos y, además, sirvió de acicate para que los talibanes y los yihadistas reforzaran su posición. Como reacción a la desastrosa política exterior de su predecesor, Obama optó por una estrategia de contención que intentaba evitar que la guerra en Siria afectase negativamente a sus principales aliados en Oriente Medio: Israel, Arabia Saudí y Jordania.

Durante sus ocho años de presidencia, la máxima prioridad de Obama ha sido evitar la división de Siria. Desde un primer momento, la administración norteamericana mostró su rechazo a la creación de zonas de exclusión aérea o, siquiera, a la apertura de corredores humanitarios, a pesar de las reiteradas peticiones en este sentido por parte de la oposición. También descartó proporcionar misiles de tierra-aire a los rebeldes por temor a que cayesen en manos de grupos yihadistas o la milicia libanesa Hezbollah. El empleo de armas químicas contra la población civil en la masacre de Guta en verano de 2013, considerada una línea roja por el propio Obama, no modificó esta posición, sino más bien todo lo contrario, porque a partir de entonces el régimen fue reconocido como interlocutor en el proceso de destrucción del arsenal químico pactado con Rusia.

A pesar de la devastación del país y la crisis humanitaria, la administración de Obama siguió pronunciándose a favor de una solución negociada que ni el régimen ni sus aliados rusos e iraníes estaban dispuestos a contemplar, pues consideraban el conflicto sirio como un *zero-sum game* en el que solo habría un vencedor. Tras la proclamación de su califato yihadista en verano de 2014, la máxima prioridad de Washington fue el combate contra el ISIS y no la derrota del régimen. Para ello, no dudó en armar a las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una alianza capitaneada por las YPG kurdas, un aliado clave en la ofensiva contra la formación yihadista, que tuvo un papel clave en la reconquista de Raqqa en octubre de 2017 y la expulsión del ISIS de buena parte del territorio sirio.

En lo que respecta a sus intereses energéticos, EE. UU. se mostró favorable a la construcción del gasoducto Catar-Turquía con el objeto de reducir la dependencia gasística europea de Rusia y privar a Gazprom de su principal mercado. Como señala Szénási: “Una vez construido [dicho gasoducto], competiría en precios con el gas ruso, lo que obligaría a bajar los precios. También pondría fin al cuasi monopolio del gas ruso en Europa al permitir la diversificación de suministros de gas. Es un interés estratégico para EE. UU. debilitar a todos los Estados rivales, incluida Rusia. Dado que un gran porcentaje de los ingresos del Estado ruso proviene de las exportaciones de energía, especialmente las exportaciones de gas a Europa, un gasoducto que suministre gas proveniente de Oriente Medio a Europa tendría un impacto relevante en los ingresos del Estado ruso y, por consiguiente, en el completo desarrollo de Rusia (Szénási, 2017: 193).

Por la misma razón, EE. UU. se opone frontalmente al gasoducto Irán-Siria, cuyo principal beneficiario sería el régimen de los ayatolás con el que mantiene un duro enfrentamiento desde el derrocamiento del sah por la Revolución Islámica en 1979. Como advierte Jokar, “uno de los pilares de la política exterior de EE. UU. y la UE es aislar a Irán, debido a su programa nuclear. La caída de un aliado estratégico de Teherán como Bashar al-Asad sería un golpe a la República Islámica en su enfrentamiento contra Europa, EE. UU. e Israel. De hecho, la alianza estratégica con Damasco permite a Irán mantener su ‘eje de resistencia’ chií: Irak-Siria-Hezbollah” (Jokar, 2012).

De hecho, el 8 de mayo de 2018 anunció que EE. UU. se retiraba del acuerdo nuclear firmado en 2015 entre el G5+1 e Irán, por el cual Irán se comprometía a no seguir enriqueciendo uranio a cambio de que se levantasen las sanciones impuestas al régimen iraní. A pesar de que el resto de firmantes (Francia, Alemania, Reino Unido, Rusia y China) manifestó la voluntad de respetar el acuerdo, lo cierto es que las amenazas norteamericanas de adoptar sanciones contra los países occidentales que invirtieran en el país persa han enfriado las posibilidades de una plena normalización con Irán en el corto plazo.

2.2.2. Catar

Como se ha mencionado más arriba, Catar asumió un papel destacado en el conflicto sirio desde sus primeros compases. Este pequeño emirato es uno de los países árabes menos poblados (con tan solo 250.000 nacionales), pero el que cuenta con una mayor renta per cápita en el mundo (130.000 dólares en 2017) debido a que es el mayor exportador mundial de gas licuado. Tras la llegada al poder del

emir Hamad Bin Jalifa al-Zani en 1995, el emirato adoptó una ambiciosa política exterior destinada a ganar peso específico en la región y escapar de la tutela de su poderoso vecino: Arabia Saudí, quien interpreta que Catar y el resto de petromonarquías vecinas forman parte de su esfera de influencia (Steinberg, 2012).

Consciente de su vulnerabilidad, el emir Hamad intensificó las relaciones con EE. UU., país con el que firmó un acuerdo de defensa y al que permitió establecer la estratégica base área de al-Udaid, cuartel general del CENTCOM. Esta alianza no impidió que Catar cultivase también las relaciones con Irán, con quien comparte la explotación de su bolsa de gas y con quien mantiene unas relaciones de buena vecindad. Al mismo tiempo, el emirato auspició la creación en 1996 del canal panárabe *Al-Jazeera*, que pronto cobró protagonismo al abordar la problemática regional desde una perspectiva árabe y al sortear la censura imperante en la mayor parte de los países de la región.

La irrupción de la Primavera Árabe obligó a buena parte de los países del golfo Pérsico a revisar su política exterior. Las demandas populares de libertad, dignidad y justicia social representaban una evidente amenaza para los integrantes del Consejo de Cooperación de Golfo (CCG). Catar, por el contrario, la contempló como una oportunidad y patrocinó a varios grupos islamistas que, de la noche a la mañana, se convirtieron en los grandes beneficiados de la Primavera Árabe, como los Hermanos Musulmanes (HH. MM.) o Ennahda. Esta apuesta generó no pocas tensiones con sus vecinos y, en particular, con Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos.

En julio de 2011 Catar retiró a su embajador en Damasco y exigió a la Liga Árabe la imposición de sanciones al régimen sirio. Cuando la revuelta se militarizó, Doha se decantó por apoyar al Ejército Libre Sirio (ELS), al que proveyó de armas y financiación. Con posterioridad este respaldo se reconduciría hacia las formaciones yihadistas Ahrar al-Sham y el Frente al-Nusra, a la cual presionó activamente para que rompiera los lazos que le unían con al-Qaeda y cambiara de nombre, como finalmente hizo en julio de 2016, cuando pasó a denominarse el Frente de la Victoria del Levante. Asimismo, promovió la creación del Consejo Nacional Sirio, la primera plataforma opositora en el exterior, donde los HH. MM. mantuvieron una importante cuota de poder.

El decidido apoyo prestado por Catar a los HH. MM. en Egipto, Libia y Siria provocó el choque con Arabia Saudí, que el 7 de marzo de 2014 incluyó a dicho grupo en su lista de organizaciones terroristas. La tensión fue en aumento y el 5 de junio de 2017, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Baréin, Egipto y Yemen rompieron sus relaciones diplomáticas con Catar, país al que acusaron de “prestar apoyo a varios grupos terroristas y sectarios que tienen como objetivo desestabilizar la región”, argumentos esgrimidos para imponer un bloqueo aéreo, terrestre y marítimo sobre el emirato.

Esta activa implicación catari en Siria ha tenido un elevado coste. Solo en los primeros dos años, las arcas cataríes habrían destinado 3.000 millones de dólares para financiar a los grupos armados y a la oposición política. Como señalan Khalaf y Smith: “Para Catar, propietaria de las terceras reservas de gas más importantes del mundo, su intervención en Siria es parte de una agresiva búsqueda de reconocimiento mundial y es simplemente el último capítulo en su intento de constituirse como un actor relevante en la región, siguiendo el paso dado con el

respaldo a los rebeldes libios que en 2011 derrocaron a Gaddafi” (Khalaf y Smith, 2013).

Este análisis obvia los intereses energéticos de la intervención catari. En los últimos años, Catar ha realizado una importante inversión en tecnología para que el gas que extrae del pozo North Dome, que representa el 15% de las reservas probadas, pueda transportarse en cargueros, lo que requiere que sea licuado previamente. Este proceso encarece el producto, al igual que su transporte hasta Europa, a través de los estrechos de Ormuz y Bab al-Mandeb y el canal de Suez. De ahí el interés en encontrar una ruta alternativa que permita abaratar costes, lo que pasaría por la construcción de un gasoducto que llegase a Turquía tras atravesar Arabia Saudí, Jordania y Siria. Este proyecto topó en 2009 con la oposición del presidente al-Asad, ya que su construcción perjudicaría a su principal aliado en la escena internacional: Rusia. Tampoco está claro que Arabia Saudí hubiera dado el visto bueno a que atravesase su territorio, dada la manifiesta rivalidad que mantiene con Catar. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que, hoy en día, los principales compradores del gas catari en 2016 son países asiáticos (en particular Japón, India y Corea del Sur,) y no europeos, ya que entre los diez primeros destinos del gas catari solo había dos países europeos: Reino Unido e Italia (cuarto y octavo, respectivamente).

2.2.3. Turquía

Turquía fue uno de los primeros países en intervenir en Siria, y es probablemente el actor que ha pagado un precio más elevado por su involucración en dicho conflicto, debido a la llegada de casi tres millones de refugiados sirios a su territorio, a la intensificación del conflicto kurdo y a los atentados del ISIS contra su sector turístico, pero también a las tensiones con Rusia y EE. UU. en torno a la estrategia a seguir en Siria (Altuninsik, 2016: 39).

Debe tenerse en cuenta que las relaciones bilaterales turco-sirias tocaron fondo a mediados de la década de los noventa cuando el ejército turco se desplegó en torno a la línea fronteriza y acusó a Hafez al-Asad de dar respaldo al Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK) y ofrecer cobijo a su máximo dirigente: Abdullah Öcalan. El Acuerdo de Adana recondujo la situación, pero el deshielo definitivo tardaría en llegar. Tras la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002, ambos países iniciaron un progresivo acercamiento que condujo a la firma de un acuerdo de libre comercio en 2007, gracias al cual los intercambios comerciales aumentaron de manera significativa hasta superar los 2.500 millones de dólares en 2010. Al mismo tiempo se pusieron en marcha numerosos proyectos de cooperación en los ámbitos energético, tecnológico, científico, turístico y agrícola.

En la década pasada, la política exterior turca se guiaba por la doctrina de “cero problemas con los vecinos” promovida por el ministro de Asuntos Exteriores Ahmet Davutoglu, que se basaba en la necesidad de equilibrar las relaciones turcas con el entorno regional y diversificar sus alianzas para conseguir una mayor profundidad estratégica. Su máxima prioridad era reforzar los vínculos con los países del Oriente Medio, el Cáucaso y el Mediterráneo sur mediante el fortalecimiento de las relaciones políticas, diplomáticas, comerciales y culturales.

La Primavera Árabe y la consiguiente inestabilidad regional obligaron a reformular esta doctrina.

El Gobierno turco se situó de manera inequívoca del lado de los manifestantes sirios que, a partir de la primavera de 2011, reclamaron reformas y libertades. Cuando la movilización se militarizó, a partir de verano de ese mismo año, el Gobierno turco ofreció cobijo a los líderes del ELS y acogió a los dirigentes del CNS, en el que los HH. MM. contaron, gracias a las presiones turco-cataríes, de una nutrida representación. De hecho, Turquía y Catar han mantenido desde entonces una estrecha colaboración en lo que atañe al dossier sirio, lo que ha repercutido negativamente en las relaciones con Irán e Irak, dos países con los que también comparte fronteras.

Ante la creciente sectarización del conflicto, Ahmet Davutoglu advirtió el 4 de enero de 2012: “No vamos a permitir una nueva guerra fría en nuestra región. No queremos una guerra sectaria. Queremos que todos los pueblos de la región se unan, sin importar la religión o la secta a la que pertenecen, para crear un nuevo Oriente Medio”. Por si no hubiera quedado suficientemente claro, el canciller añadió: “Algunos actores de la región tratan de explotar y profundizar las tensiones sectarias para lograr sus propios fines y prefieren la polarización de los musulmanes en la zona”. Pero no solo Irán y Arabia Saudí habían recurrido al sectarismo (Phillips, 2015 y Hinnebusch, 2016), sino también Turquía y Catar, que no dudaron en respaldar y coordinarse con varios grupos de orientación salafista y con una agenda claramente sectaria, como Ahrar al-Sham o Frente al-Nusra que, en la primavera de 2015, establecieron una alianza gracias a la cual conquistaron la provincia de Idlib.

En todo momento, Turquía ha supeditado su estrategia en Siria a dos objetivos: expulsar del poder a Bashar al-Asad e impedir que Rojava, el Kurdistán sirio, afiance su autonomía y se convierta en un santuario para el Partido de la Unión Democrática (PYD), al que tacha de terrorista por sus estrechos vínculos con el PKK, que tras la retirada de las tropas sirias se hizo con el control de los tres cantones en los que se divide el Rojava (Yazira, Kobane y Afrin). Precisamente con el objetivo de impedir que las YPG, sus milicias armadas, conectaran estos tres bastiones, el ejército turco lanzó en agosto de 2016 la operación Escudo del Éufrates, gracias a la cual recuperó Yarabulus y asentó su presencia en las zonas de mayoría turcomana. En enero de 2018 puso en marcha la operación Rama de Olivo junto al ELS, gracias a la cual recuperó la ciudad de Afrin.

Desde la intentona golpista del 16 de julio de 2016, Turquía ha modificado radicalmente sus prioridades y se ha mostrado a favor de una mayor coordinación con Moscú e Irán en torno al futuro de Siria. Este giro supone un reconocimiento implícito de los errores de cálculo cometidos desde 2011, entre ellos que el régimen de Bashar al-Asad se desmoronaría como un castillo de naipes, tal y como ocurriera con Ben Ali, Gaddafi y Mubarak, fruto de la presión interna o una intervención occidental. Todo parece indicar que el principal quebradero de cabeza del Gobierno turco ya no es el futuro de al-Asad, sino el creciente poderío de las YPG, que cuentan con el respaldo de EE. UU., ya que lo considera un actor clave en la lucha contra el ISIS (Itani y Stein, 2016).

En cuanto a la cuestión energética, debe tenerse en cuenta que Turquía tiene una evidente dependencia de sus vecinos (un 57% de la energía que consume proviene

del petróleo y el gas, que tiene que importar en su mayoría). En lo que respecta a sus importaciones de petróleo en 2015, Irak era su principal proveedor con un 45,6% seguido de Irán con un 22,4%, Rusia con un 12,4% y, por último, Arabia Saudí con un 9,6%. En lo que respecta al gas, el 55% proviene de Rusia, el 16,2% de Irán, el 12,7 de Azerbaiyán y el 8,1% de Argelia. Como se ha subrayado en varias ocasiones, “la inseguridad energética es uno de los principales factores impulsores de la política exterior turca. Desde la aproximación a Israel hasta los acuerdos con Irán, asegurar sus necesidades energéticas es de gran importancia para Turquía y una fuente grave de vulnerabilidad” (CETFUS, 2016).

De hecho, Turquía es el segundo mayor cliente de Gazprom después de la UE. Precisamente esta dependencia es lo que hace tan atractiva la opción de que Turquía se convierta en un punto de distribución de los hidrocarburos de Asia Central y Oriente Medio, papel en el que rivalizaría con la Estrategia de los Cuatro Mares promovida por al-Asad. Con el objeto de sortear la dependencia de Rusia, Turquía ya planteó en 2002 el proyecto Nabucco para transportar el gas desde Asia Central hacia Europa, un proyecto que tendría unos costes de 10.000 millones de dólares. Tampoco tuvo éxito el intento de conectar Turquía con el Arab Gas Pipeline, ya que las obras de Homs a Kilis no llegaron a culminarse por el estallido del conflicto sirio. Otro tanto puede decirse del mencionado gasoducto Catar-Turquía, que convertiría a Turquía en un punto neurálgico para distribuir el gas del golfo Pérsico en el mercado europeo (Delanoë, 2014).

2.2.4. Arabia Saudí

La principal razón de la intervención saudí en la guerra siria es la necesidad de frenar la creciente influencia regional de Irán. Las intervenciones militares de EE. UU. en Oriente Medio tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 han tenido un elevado coste para Arabia Saudí, ya que el derrocamiento de los talibanes en Afganistán y de Saddam Husein en Irak tuvo como principal beneficiario a Irán, que vio desaparecer a dos de sus principales rivales regionales.

La rivalidad irano-saudí no es novedosa, ya que ambos países han mantenido una tensa relación desde la Revolución Islámica en 1979. Desde entonces, las relaciones bilaterales han estado marcadas por el antagonismo religioso-ideológico y la competencia geoestratégica, ya que, como apuntan Sandjadpour y Ben Taleblu, “tanto Teherán como Riad se ven a sí mismos como los líderes naturales no solo de Oriente Medio, sino también de todo el mundo musulmán” (Sandjadpour y Ben Taleblu, 2015: 4).

En lo que se refiere a la cuestión energética, cabe recordar que Arabia Saudí goza de las reservas petrolíferas más cuantiosas del mundo, y ha aprovechado este poderío económico para imponerse como el centro de toma de decisiones del mundo árabe. Arabia Saudí se opone radicalmente a los proyectos de gasoductos que se han planteado para la región en los últimos años. No solo es un firme opositor del gasoducto Irán-Irak-Siria, que tendría, como último objetivo, llevar el gas iraní hasta el mar Mediterráneo, desde donde podría abastecer al mercado europeo en el caso de que se normalicen plenamente las relaciones entre Bruselas y Teherán. También se opone al gasoducto Catar-Turquía, precisamente por la posibilidad de que su construcción refuerce a dos países que, desde la entrada en el

siglo XXI, se han convertido en sendos rivales en la lucha por la hegemonía saudí sobre el bloque musulmán suní. En este sentido es pertinente recordar que, en el pasado, las autoridades saudíes ya pusieron trabas a que el gasoducto Dolphin (que transportaba el gas catari a los Emiratos Árabes Unidos) atravesara sus aguas territoriales (Cochrane, 2017).

Por otra parte, Arabia Saudí tiene sus propios proyectos energéticos. Ante la intensificación de las tensiones con Irán, Arabia Saudí pretende construir un oleoducto para exportar buena parte de su producción petrolífera a través de la provincia yemení de Hadramaut, tal y como confirmaran los cables del Departamento de Estado hechos públicos por Wikileaks en 2008², lo que en cierta medida ayudaría a comprender la activa implicación saudí en Yemen a partir de la operación Tormenta Decisiva lanzada en marzo de 2015. De esta manera se lograría sortear el estrecho de Ormuz, que Irán podría llegar a bloquear en el caso de que la guerra fría que libran ambos países llegue a un punto de no retorno.

3. Conclusiones

Como ha quedado constatado en las páginas anteriores, el conflicto sirio no puede entenderse sin hacer referencia a la distribución de los recursos energéticos en Oriente Medio y sin aludir a los diferentes proyectos para transportar los hidrocarburos del golfo Pérsico al mar Mediterráneo. Probablemente no sea el único elemento a tener en cuenta ni tampoco el más relevante, pero consideramos que no debe infravalorarse, ya que nos permite comprender el porqué de la intervención de las más relevantes potencias regionales en Siria.

La conjunción de hidrocarburos y sectarismo forma una mezcla altamente inflamable. Los dos principales proyectos para exportar el gas del golfo Pérsico hasta el mar Mediterráneo, además de ser incompatibles entre sí, contribuirían a acentuar el sectarismo en Oriente Medio. El primero de ellos, el gasoducto Catar-Turquía, atravesaría sobre todo territorios de mayoría musulmana suní, mientras que el segundo iría desde Irán a Siria pasando por Irak, es decir, tres Estados controlados por Gobiernos de orientación chií. De esta manera, dichos gasoductos se convertirían en un elemento más de la guerra fría que se libra en la región. El hecho de que ambos conductos prevean atravesar el territorio sirio coloca a Damasco en una situación privilegiada, ya que le otorga la última palabra en torno a su realización. Siria rentabilizaría así su posición geoestratégica como puente de comunicación entre el golfo Pérsico y el mar Mediterráneo.

Esta circunstancia nos ayuda a comprender la implicación en el conflicto sirio de países como Turquía y Catar, que han respaldado activamente a diferentes grupos rebeldes que se alzaron contra al-Asad, así como el apoyo de Irán y de sus satélites regionales al régimen. Parece evidente que todos estos actores interpretan que la puesta en práctica de dichos gasoductos está ligada al derrocamiento o la permanencia en el poder de al-Asad. En todo caso, ambos proyectos tendrán que esperar a la finalización del conflicto. Como ha recalcado Ruba Husari, “la

² Wikileaks, “Yemen’s Big Brother: What Has Saudi Arabia Done for Yemen Lately?”, 18/6/2008. Disponible en: https://wikileaks.org/plusd/cables/08SANAA1053_a.html

delimitación del futuro mapa energético dependerá de quiénes sean los ganadores y perdedores regionales e internacionales” de esta guerra (Husari, 2013).

4. Bibliografía

- Ahmed, N. (2013): “Syria intervention plan fueled by oil interests, not chemical weapon concern”, *The Guardian*, August 30. Disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/earth-insight/2013/aug/30/syria-chemical-attack-war-intervention-oil-gas-energy-pipelines> [Consulta: 21 de septiembre de 2017]
- Altuninsik, M. B. (2016): “The Inflexibility of Turkey’s Policy in Syria”, *IEMed Mediterranean*. Yearbook, pp. 39-44.
- Brooks, W. (2010): “Syria’s Four Seas Policy and the New Middle East Quartet”, October 12, *BFPR Analysis*. Disponible en: <https://brooksreview.wordpress.com/2010/10/12/syrias-four-seas-policy-and-the-new-middle-east-quartet/> [Consulta: 20 de septiembre de 2017]
- Bruno, A. (2016): “Moscow’s Endgame in the Syrian Civil War”, *Geopolitical Monitor*, October 4. Disponible en: <https://www.geopoliticalmonitor.com/moscows-endgame-in-the-syrian-civil-war/> [Consulta: 19 de septiembre de 2017]
- Butter, D. (2014): “Fueling Conflict: Syria’s War for Oil and Gas”, Carnegie Endowment for International Peace, April 2. Disponible en: <http://carnegie-mec.org/diwan/55195>
- Butter, D. (2015): “Russia’s Syria Intervention is Not All About Gas”, Carnegie Endowment for International Peace, November 19. Disponible en: <http://carnegieendowment.org/sada/62036> [Consulta: 18 de septiembre de 2017]
- Center for the Analysis of Terrorism (2016): “ISIS Financing 2015”, May. Disponible en: <http://cat-int.org/wp-content/uploads/2016/06/ISIS-Financing-2015-Report.pdf> [Consulta: 13 de septiembre de 2017]
- Center for Turkey Studies (2016): “Turkey’s energy (in)security and energy ambitions: A review of energy issues in Turkish foreign policy”. Disponible en: http://ceftus.org/wp-content/uploads/2016/11/CEFTUS_Turkey-Energy-Security-and-Foreign-Policy_White-Paper.pdf [Consulta: 12 de septiembre de 2017]
- Cochrane, P. (2017): “The 'Pipelineistan' conspiracy: The war in Syria has never been about gas”, *Middle East Eye*, May, 15. Disponible en: <http://www.middleeasteye.net/essays/pipelineistan-conspiracy-why-war-syria-was-never-about-gas-144022537> [Consulta: 11 de septiembre de 2017]
- De Pedro, N. (2017): “El vecindario no compartido con Rusia”, *Política Exterior*, Septiembre / Octubre, nº 179, vol. XXXI, pp. 38-45.
- Delanoë, I. (2014): “The Syrian Crisis: A Challenge to the Black Sea Stability”, *Center for International and European Studies, Policy Brief*, nº 2, February.
- Hinnebusch, R. (2016): “The Sectarian Revolution in the Middle East”, *Regional Issues*, vol. 4, nº 1.
- Husari, R. (2013): “Syria and the Changing Middle East Energy Map”, *Carnegie Endowment for International Peace*, January 2. Disponible en: <http://carnegieeurope.eu/2013/01/02/syria-and-changing-middle-east-energy-map-pub-50474> [Consulta: 11 de septiembre de 2017]

- International Monetary Fund (2010): *Syria Country Report*. Disponible en:
<http://www.imf.org/external/pubs/ft/scr/2010/cr1086.pdf>
[Consulta: 10 de septiembre de 2017]
- Itani, F. y Stein, A. (2016): "Turkey's Syria Predicament", *Rafik Hariri Center for the Middle East-Atlantic Council*, May.
- Jokar, M. (2012): "War in Syria: Geopolitics of the Conflict", *Huffington Post*, October, 12. Disponible en:
http://www.huffingtonpost.com/milad-jokar/war-in-syria-geopolitics-_b_2378683.html
[Consulta: 1 de septiembre de 2017]
- Khalaf, R. y Smith, A. F. (2013): "Qatar bankrolls Syrian revolt with cash and arms", *Financial Times*, May 16. Disponible en:
<http://ig-legacy.ft.com/content/86e3f28e-be3a-11e2-bb35-00144feab7de#axzz4semDH2sZ> [Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- Le Monde*, "La Russie se lance dans l'exploration pétrolière en Syrie", 25/12/2013. Disponible en:
http://www.lemonde.fr/proche-orient/article/2013/12/25/la-russie-se-lance-dans-l-exploration-petroliere-en-syrie_4339807_3218.html#piG6xuDFI0C204As.99
[Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- Nabki, Q. (2009): "Syria, Turkey, and the Four Seas Strategy", Kifa Nakbi Blog, October 23. Disponible en:
<https://qifanabki.com/2009/10/23/syria-turkey-and-the-four-seas-strategy/>
[Consulta: 5 de septiembre de 2017]
- Nixey, J. y Wickett, X. (2015): "Russia, Syria and the West: Mutually Assured Frustration", Chatham House, October 2. Disponible en:
https://www.chathamhouse.org/expert/comment/russia-syria-and-west-mutually-assured-frustration?dm_i=1TYG,3PL5G,JRJ9XL,DCNGV,1#
[Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- Orenstein, M. A. y Romer, G. (2015): "Putin's Gas Attack. Is Russia Just in Syria for the Pipelines?", *Foreign Affairs*, October 14. Disponible en:
<https://www.foreignaffairs.com/articles/syria/2015-10-14/putins-gas-attack>
[Consulta: 8 de septiembre de 2017]
- Phillips, C. (2015): "Sectarianism and Conflict in Syria", *Third World Quarterly*, vol. 36, no. 2.
- Rafizadeh, M. (2013): "Iran's economic stake in Syria", *Foreign Policy*, January 4. Disponible en:
<http://foreignpolicy.com/2013/01/04/irans-economic-stake-in-syria/>
[Consulta: 21 de septiembre de 2017]
- Reuters, "Iran's Revolutionary Guards reaps economic rewards in Syria", 19/1/2017. Disponible en:
<https://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-syria-iran/irans-revolutionary-guards-reaps-economic-rewards-in-syria-idUSKBN1531TO>
[Consulta: 21 de septiembre de 2017]
- Taylor, R. (2014): "Pipeline politics in Syria", *Armed Forces Journal*, March 21. Disponible en:
<http://armedforcesjournal.com/pipeline-politics-in-syria/>
[Consulta: 12 de septiembre de 2017]

- Sadjadpour, K. y Ben Taleblu, B. (2015): “Iran in the Middle East: Leveraging Chaos”, *FRIDE Policy Brief*, nº 202.
- Sayigh, Y. (2014): “The War Over Syria's Gas Fields”, Carnegie Endowment for International Peace, June 8. Disponible en:
<http://carnegie-mec.org/diwan/60316> [Consulta: 14 de septiembre de 2017]
- Smyth, P. (2015): *The Shiite Jihad in Syria and Its Regional Effects*, The Washington Institute for Near East Policy. Disponible en:
https://www.washingtoninstitute.org/uploads/Documents/pubs/PolicyFocus138_Smyth-2.pdf [Consulta: 11 de septiembre de 2017]
- Soler i Lecha, E. (2017): “Alianzas líquidas en Oriente Medio”, Anuario internacional CIDOB 2016-2017, pp. 148-156.
- Steinberg, G. (2012): “Qatar and the Arab Spring”, *SWP Comments*, nº 7, February. Disponible en:
https://www.swp-berlin.org/fileadmin/contents/products/comments/2012C07_sbg.pdf [Consulta: 11 de septiembre de 2017]
- Stern, Y. (2009): “Syria’s Four Seas Strategy”, *Syria Comment*, October 22. Disponible en:
<http://www.joshualandis.com/blog/syrias-four-seas-strategy-by-yoav-stern/> [Consulta: 25 de septiembre de 2017]
- Szénási, E. (2017): “Syria: Another Dirty Pipeline War”, *Defence Review. The Central Journal of Bulgarian Defence Forces*, no. 1, vol. 145.
- United Press (2011): “Syria's Assad pushes 'Four Seas Strategy'”, January 6. Disponible en:
<https://www.upi.com/Syrias-Assad-pushes-Four-Seas-Strategy/98471294335880/> [Consulta: 29 de septiembre de 2017]
- U.S. Energy Information Administration (2015): *Syria. International Energy Data and Analysis*. Disponible en:
https://www.eia.gov/beta/international/analysis_includes/countries_long/Syria/syria.pdf [Consulta: 30 de septiembre de 2017]